

Escolar Sobrino, Hipólito, *La biblioteca de Alejandría*, Madrid, Gredos, 2001, 203 pp.

**Reseña elaborada por
FRANCISCO XAVIER GONZÁLEZ Y ORTIZ**

La gran Biblioteca de Alejandría. ¡Qué distante está en el tiempo! La lejanía está ahí desde las primeras líneas, el espacio enorme que nos separa de esa ciudad maravillosa. Todavía cuando Lawrence Durrell escribió su célebre *Cuarteto de Alejandría* seguía siendo mágica su presencia, esa como polivalencia que la caracterizaba. Cuatro voces en su novela, cuatro visiones distintas sobre una misma “realidad”. Como si Durrell en su *Cuarteto* quisiera homenajear esa ciudad donde se encontraron desde su creación varias culturas distintas, contrastadas pero aceptantes las unas de las otras.

La Alejandría de la Biblioteca, la de sus fundadores, los Ptolomeos, fue un lugar de convivencias entre al menos tres culturas: Egipto y Persia por una parte, y el mundo helénico por la otra. Oriente y Occidente ni más ni menos, conociéndose, mirándose, diferenciándose en algunas cosas y reconociéndose en otras, acercándose el uno al otro, aprendiendo a tolerarse, dándose la mano (ejercitándose en respetar al otro, a la otredad, algo que hoy por cierto nos hace tanta falta). De hecho, lección para nuestra época tan xenófoba, tan rechazante del otro, tan creyente en verdades únicas (sólo la propia), tan ciega a todo aquello que no sea la cultura en la que vivimos. Pero nuestra realidad, nuestra época está marcada por las migraciones, problema principal en Europa pero también en Ecuador, en Argentina, en Colombia y, por supuesto, en México; implica a miles de seres humanos obligados a dejar sus lugares de origen, sus costumbres, incluso sus familiares para buscar una mejor vida.

Era distinto lo que sucedía en la Alejandría de entonces, lugar de confluencia, de riqueza intelectual y comercial, capital cultural de los grandes poetas, filólogos y científicos de la época, pero no sólo eso. Fueron los alejandrinos una sociedad culta donde abundaba la música, el arte y los intelectuales y científicos (y ciertamente los libros, acompañantes permanentes de todos estos personajes), pero fue también un

reino rico y bien administrado, un centro comercial de intercambio entre productos del exterior y también del interior, destinados al consumo de la ciudad y a la exportación. Capital comercial e intelectual del mundo griego, su faro no sólo guió a los navegantes durante siglos, su Biblioteca (faro intelectual) guió también a los estudiosos de tierras próximas y lejanas.

Es dura la tarea que se ha impuesto Escolar al querer hablarnos de la Biblioteca de Alejandría ¿por dónde empezar? Imposible resulta la tarea de resumir, de reseñar adecuadamente todos esos años tan cargados de sucesos, de hechos y, sobre todo, de protagonistas, de seres humanos como nosotros, de carne y hueso, pero que a la distancia parecen acrecentar su tamaño histórico. Uno recuerda o dice Aristóteles o Alejandro el magno, y resultan figuras que si nos descuidamos se confunden con Ulises o Yocasta. ¿Qué hacer entonces? Para poner un símil ¿podríamos hoy resumir lo que representa Internet para nosotros, para nuestras sociedades y cultura? ¿Intentarlo no sería más bien como entrar en un laberinto, como enfrentarnos a él? La biblioteca es un laberinto sostiene Borges, ¿sería esa la sensación de quienes llegaban, sobre todo una primera vez, a la gran, a la enorme Biblioteca de Alejandría? Un laberinto: multiplicidad de sendas ¿por dónde ir? ¡tantas! ¿dónde termina cada uno de estos caminos, hacia dónde me lleva? Es fácil entrar en los laberintos pero no tan fácil salir. Abrir un libro es también fácil, pero quizá no lo sea tanto dejarse llevar por los senderos y meandros que nos ofrece, caminos y viajes que también están ahí. Menos aún es fácil saber qué hacer una vez que se está dentro de algo como Internet, y si no se tienen objetivos claros el laberinto adquiere sus peores atributos para nosotros: desorientación, extravío e indefinición frente a las ramificaciones o disyuntivas; incertidumbre ante las desviaciones; angustia frente a los demasiados caminos posibles; desesperación ante la enorme cantidad de entradas a la información; etcétera. Una salida posible es entrar en la WEB como Teseo, provistos con el hilo de Ariadna para guiarnos.

Ciertamente la dificultad con los libros, con todo nuevo texto es entender su con-texto, pues mientras mejor se entienda éste menor será el misterio y menos nos sentiremos “perdidos”. Ése es quizá el reto mayor de todo escrito, levantar la tapa, que es como elegir una puerta del laberinto y meternos en ese contexto particular. Mientras más plenamente logremos esta inmersión mejor nos irá, sabremos un poco más, comprenderemos mejor, asociaremos más elementos, seremos un gránito más cultos.

Aquí hay dos acciones que se confunden, que se sobreponen y que son para todo efecto práctico las mismas: entrar a la biblioteca y abrir un libro. En ambos casos estamos frente al umbral no sólo de lo ignorado, sino de la inmensidad, de la increíble variedad del Mundo (y aun del Cosmos); entramos, de hecho en lo desconocido y necesariamente seguimos un sendero: hacia donde quiera que nos lleven nuestros pasos tendremos que “pisar tierra”, hacer un recorrido sobre un “camino”. Claro que será un camino mental, subjetivo, pero camino al fin. Más todavía, en lugar de

“caminar” podremos también empezar a volar, o a levitar, tan etérea y fantástica es la subjetividad, tan virtual...

Pero hay que abrir el libro (cualquier libro) y dejarnos caer, o dejarnos envolver por todas esas palabras, dejarnos empapar por las palabras, que nos rodeen todo el cuerpo (como el aire) para que puedan llegar más fácilmente al alma. Penetrar cada vez en ese espacio desconocido que es el libro y que está más allá de su cubierta. Y dejar que esas representaciones se confundan con las nuestras y dialoguen entre sí, más allá incluso de nuestro control, muy parecidamente a como dicen Borges y otros, que “los libros de las bibliotecas se comunican entre sí”. ¿Cómo será esa comunicación entre ellos? me he preguntado aceptando casi sin dudar que sí tiene que haberla. Quizá sus contenidos flotan y fluyen, sobre todo por las noches, entremezclándose con otros fluidos y corrientes, furtiva o abiertamente, incluso violentamente. ¿Dialogarán o intercambiarán silenciosamente sus significados y/o significantes más allá de una lógica que pudiéramos comprender?

Gustar mejor del libro la *Biblioteca de Alejandría* implicaría necesariamente emplear más tiempo en conocer otros materiales para ampliar lo que Escolar nos muestra, sería necesario introducirnos más plenamente en el misterio, habría que entrar plenamente en la virtualidad, **en el laberinto** de la biblioteca, como de nuevo dice Borges. Creo que es Borges mismo el que habla de la posibilidad de un laberinto recto. La vida misma como un laberinto, hermosa metáfora. A cada paso mil puertas que no sabemos hacia donde conducen nuestros empeños, podrían llevarnos a la salida, o traernos al mismo lugar... o ponernos frente al Minotauro (que debe ser como lo ha dibujado Picasso, la mitad inferior la de un hombre grande y musculoso, y la superior, el torso y la cabeza, la de un enorme toro; tres metros de altura o más). Tener que enfrentarnos a él significaría quizá que nos hemos perdido, o que nos hemos dejado confundir tal vez por el camino... o quizá querría decir que hemos simplemente llegado al final de todos los caminos, y entonces el Minotauro sería sólo una de las representaciones de la muerte.

Dar un paso en cualquier dirección, quizá no seamos muy conscientes de ello, es adentrarnos en uno de los tantos pasadizos de la vida pensada como laberinto, o de la biblioteca pensada como laberinto. Y somos dueños de nuestro destino, porque lo somos de nuestros pasos, de nuestras decisiones, tomadas, como se sabe, a cada instante.

Curiosamente el artículo de Héctor Guillermo Alfaro sobre “El laberinto y la biblioteca” (incluido en este número y que nos recuerda *El nombre de la rosa*) nos hace pensar que es gracias a que el aprendiz Adso de Melk “deshace un tejido” (otro “web”) como ambos personajes de la novela pueden salir del laberinto-biblioteca. También resulta curioso que con ayuda del hilo de Ariadna, en este caso más bien del sweater tejido de Adso, el laberinto se convierte, de algún modo más bien mágico y literario, en un laberinto recto, y quizá también en un espejo que nos refleja, pero al revés. ¿Y cómo era el laberinto que mentalmente (aquí la mente como un hilo) seguía el monje ciego en esta hermosa y fundamental novela?

La virtualidad, pues, no es un concepto nuevo como a veces pudiera parecer, existe entre nosotros desde que el lenguaje empezó a convertirse en tal y a salir de las cabezas de nuestros antepasados para empezar a transformarse en lo que hoy es.

Acercarnos ahora desde este siglo a la Biblioteca de Alejandría, intentar pensarla y lo que significa y significó desde ese entonces es un difícil cometido. La densidad y la complejidad se incrementan con cada paso que damos hacia ella: Alejandro el Magno y sus conquistas (y ya desde ahí entremezclándose los innumerables otros, aquí Aristóteles, maestro de Alejandro); la fundación de Alejandría; la construcción de la Biblioteca; el Museo y la larga explicación que también hay que dar acerca del Museo y el papel que desempeñaba y la cercanía que tenía con la Biblioteca; y luego los libros, el increíble número de obras que guardaba la Biblioteca (entre 500 000 y 700 000 según distintas apreciaciones); y finalmente las listas –porque finalmente el espacio mayor es para extensas listas que lo único que pueden hacer es nombrar a algunas de las grandes personalidades que estuvieron ahí larga o brevemente. Se pretende incluir a aquellos que tenían de una u otra forma relación estrecha con la cultura; es decir, con los libros, con los papiros –y ahí los había en abundancia–, ya fuera porque los escribieran o porque los conservaran, o los tradujeran, o los copiaran, o tuvieran que ver con su difusión (que en ese entonces y pese a todos los esfuerzos era muy reducida); o porque dirigieron la Biblioteca... La tarea es desmesurada, es imposible no sólo abarcar la riqueza representada por todos esos rollos que albergaba la Biblioteca sino además seguirle le pista a todo aquello que sucedía en relación tanto con el Museo como con la Biblioteca, pero ésa es la Quimera que persigue Escolar.

Para dar una idea de la inmensidad y el vértigo y la velocidad que instaura la distancia cultural e histórica cito algunos (una parte minúscula) de los nombres de aquellos que tuvieron alguna relación estrecha con la Biblioteca en esa extendida época: Homero, cuyas obras ocupaban un lugar principalísimo en la Biblioteca, donde eran estudiadas, anotadas y difundidas; Aristóteles filósofo de innegable peso y que no puede dejarse de mencionar (cosa que sí les sucede a muchos de sus colegas contemporáneos); Zenodoto de Éfeso, primer director de la Biblioteca y editor nada menos que de Homero y Hesíodo, aunque no alcanzamos a entender qué significaba en ese entonces ser editor o editar; Calímaco, uno de los poetas más reconocidos; Eurípides y Sófocles, poetas trágicos cuyas incomparables tragedias todavía leemos. Pero también estaban Anaxímenes, Aristófanes, Arquímedes; Julio César, los reyes Ptolomeos, Euclides; Esopo, Cicerón, Hipócrates, Jenofonte, Galeno, etcétera. Incluyo solamente los más conocidos y cuyo nombre suena al menos un poco, pero la lista es tan larga que sería inútil citar todos esos nombres que hicieron tantas cosas importantes e históricamente significativas. Y a todo eso hay todavía que añadir Grecia, Egipto y Persia, sustratos principales sobre los que se construyó la gran Alejandría, lugar donde los diversos pueblos aceptaron el **helenismo**, la enorme influencia de la cultura griega y donde los propios griegos debieron aceptar también la otredad y entremezclarse con la presencia de lo otro. Porque era Alejandría un lugar

democrático y plural, al menos en principio: "...se era miembro de la comunidad griega por razones culturales, no étnicas" (p. 25) Y añade Sobrino, citando a Isócrates: "Nuestra ciudad ha conseguido que el nombre de griego se aplique no a la raza sino a la inteligencia[...]". Aunque esto que se afirma se entrelace con otras evidencias, como por ejemplo que Homero era leído y ganó fama en toda Grecia porque en su *Iliada* elogió a quienes lucharon contra "los bárbaros", razón por la cual su arte se tenía en alta estima y se lo empleaba en la educación de los jóvenes (griegos sobre todo).

Escolar nos ayuda a asomarnos a esa ciudad mágica y a sus pobladores, pero como a través de un pasillo que sólo por momentos puede amplificarse y mostrarnos la increíble riqueza de esa ciudad y de sus pobladores, y esa mole impresionante y laberíntica que debió haber sido la Biblioteca de Alejandría. En sus papiros estaban todos los caminos posibles abiertos para quien quisiera transitarlos (tal como siguen abiertos hoy), sólo habría que "entrar" en ellos.

Resulta difícil y sería injusto hablar de la gran Biblioteca de Alejandría recortándola de su entorno, porque a su lado, y de algún modo formando parte de ella, estaba también (entre muchas otras cosas) el Museo, construcción más bien pequeña dedicada originalmente al culto de las Musas (por eso la palabra Museo) y con la que al principio sólo tenían relación los poetas épicos (que en la terminología de R. Jakobson son aquellos a quienes les interesa "contarle a los otros", a diferencia del poeta lírico, que no tiene un destinatario definido y cuya poesía se asemeja más a un grito o a un gritar que no busca un receptor). Paulatinamente en el Museo se alojaron durante periodos largos y cortos, además de los poetas, los músicos, y luego todos los artistas y también los filósofos y lo que hoy llamamos científicos. Alojaba pues a artistas e intelectuales con la intención de "darle brillo" al reino. Ahí se alimentaban y vivían estos personajes a costa del estado alejandrino porque éste los había llamado o porque ellos habían acudido a la Biblioteca o porque algún amigo los había llamado para participar en alguna discusión. El Museo, se decía, era el lugar donde los dioses proporcionaban inspiración y sabiduría. Fue también en el Museo donde surgió la noción de "simposio" literalmente "beber en compañía", pero lo cual también quería decir discutir, intercambiar ideas, recomendar lecturas, etcétera, actividad que sigue acompañando a nuestros simposios, universidad paralela donde circula la literatura gris y los comunicados verbales (y también, sigue siendo cierto, las comidas y los cocteles). Era pues el Museo una especie de centro de estudios inseparable de la Biblioteca y era ésta seguramente el lugar donde terminaban reclusándose para la lectura la enorme mayoría de todos aquellos que llegaban al Museo, o a Alejandría, atraídos por la luz de su faro de intelectualidad: luz del conocimiento.

Quizá actualmente la Biblioteca del Congreso de los Estados Unidos sería la institución que más se parece a lo que debió ser la Biblioteca de Alejandría, incluso ahora con Internet, un lugar de confluencia de enorme importancia. El paso por ella ha sido también obligado para todos aquellos que han tenido que acudir al laberinto de sus anaqueles a la búsqueda de ciertas publicaciones que no era fácil encontrar en

otros lugares. El faro alejandrino se proponía en primera instancia reunir todo aquello que era pertinente para el mundo helénico, pero ¿dónde se ponía la línea divisoria entre lo que es importante o pertinente y lo que no lo es? Así que terminó reuniendo, o pretendiendo reunir, todo lo que había. La deuda que tiene no sólo la Biblioteca del Congreso sino todas las demás bibliotecas actuales con la Biblioteca de Alejandría es enorme y obvia; de no haber existido el interés por conservar y cuidar, por registrar y organizar, y en fin, por querer contener en un lugar todo aquello que se había escrito, algo se hubiera roto, algún eslabón habría faltado en la cadena que llega hasta nuestro mundo de hoy. Occidente no sería el mismo si no hubiera existido la Biblioteca de Alejandría, aunque posteriormente haya sido destruida y no hayan llegado hasta nosotros muchos de los textos (papiros) que alcanzó a contener.

Uno siente inevitablemente lejanía en el tiempo y el espacio, imposibilidad real para entender cabalmente ese contexto en toda su increíble densidad y complejidad por no habernos documentado con otros conocimientos para poder ver mejor, más lejos, más claramente esa ciudad mágica y sus pobladores, tan mezclados los unos con los otros. Sólo pudimos asomarnos como por una ventana, eso es quizá el libro de Escolar, una ventana hacia el pasado y una invitación a seguir esa senda y ampliar nuestra visión; una incitación a adentrarnos más profundamente en este laberinto que es el vivir.

Para terminar cito el párrafo con el que Escolar cierra el viaje por el que lo acompañamos porque encierra nociones que a la vez que nos inquietan, nos muestran también pasadizos laberínticos sobre otros aspectos que generalmente se rehuyen o dejan de lado y que muchas veces, sin embargo, representan realidades cotidianas y horrores que no vemos y que en este caso se relacionan con la gran guerra que nos relata Homero, de cuya obra existían muchas copias en la Biblioteca de Alejandría, tantas y tan anotadas que dicen que en ocasiones ya no se distinguía el original, por lo que había entre los estudiosos grandes discusiones e incluso peleas. Surge con este párrafo, en mi opinión, otra visión y espacio laberínticos que dejan ver un panorama también ciertamente significativo de la época. He aquí el párrafo, lejos está de ser de aceptación fácil, se trata de unos versos de Eubulo, autor de comedias aficionado a la parodia, a propósito de las desventuras de los guerreros que sitiaron Troya durante diez años:

Aún más, ni una sola cortesana conoció a ninguno de ellos: se manosearon unos a otros durante diez años. Amarga campaña vieron ellos que, habiendo tomado una sola plaza, se marcharon con los culos mucho más anchos que la ciudad que entonces expugnaron.

